

LA VIDA SOCIAL DE LA INDIA ANTIGUA *

A. L. BASHAM

Universidad Nacional de Australia

La historia de la India puede ser dividida en tres grandes épocas: la antigua, la medieval y la moderna, que respectivamente corresponden a los periodos hindú, musulmán y al británico e independiente. Estos tres periodos se distinguen por la lengua y el carácter de las fuentes. Las del primero están escritas en sánscrito y en otras lenguas indias que ahora son lenguas muertas o casi muertas; la mayor parte de las fuentes del segundo está en persa y las del tercero en inglés o en las lenguas modernas de la India.

El primer periodo, base de los otros dos, cubre no menos de tres milenios y se divide en algunas eras de duración menor. La civilización empieza en la India con la gran cultura prehistórica designada por los arqueólogos como la cultura de Harappā. Ésta desaparece en el segundo milenio antes de Cristo y surge la cultura de los arios, invasores de las llanuras de Asia Central que nos legaron los himnos del *Rig Veda*, los cuales constituyen la literatura más antigua de la India. Los arios, organizados en tribus y hordas, paulatinamente se establecieron como campesinos. Más tarde las tribus se desmoronaron y sus jefes se convirtieron en reyes. En el siglo vi a. c., la cultura aria se encontraba en pleno desarrollo y se extendía por casi todo el norte de la India. El pensamiento religioso florecía en los diálogos místicos de las *Upaniṣad* en el budismo, en el jainismo y en otras doctrinas heréticas, que rechazaban la preeminencia de la casta sacerdotal y la autoridad de las escrituras sagradas ortodoxas.

Alejandro Magno invadió la India en 326 a. c. Algunos

* Conferencia dictada en El Colegio de México el 23 de agosto de 1964.

años después apareció el gran Imperio de los Maurya cuyo emperador más destacado fue Aśoka. Por primera vez casi toda la India se sujetó a un cetro único. El periodo maurya dio origen a una política burocrática, la más centralizante en la historia de la India antigua, que, sin embargo, no fue duradera. Después de poco más de cien años, el imperio cayó bajo fuerzas centrífugas, y dio lugar a un periodo de pequeños reinos casi feudales. Los del oeste de la India fueron presa de nuevos invasores, los griegos bactrianos, los *śakas* y los *kuṣānas*, estos dos últimos pueblos nómadas de Asia Central. No obstante, los bárbaros rápidamente se adaptaron a la cultura de sus súbditos y no perturbaron el desarrollo material y cultural de la India. Fue ésta una época de grandes cambios y progresos. La cultura de la India empezó a adquirir su forma clásica que floreció durante el Imperio Gupta de los siglos iv al vi. La mayor parte de la región septentrional de la India, que abarca toda la cuenca del río sagrado Gangā, estaba gobernada por los emperadores de la línea de los Gupta. La paz interna de sus reinos permitía el desarrollo de la cultura, por lo que llegó a un grado de perfección no alcanzado antes. Fue una época de grandes poetas y dramaturgos como Kālidāsa, y de escultores y pintores anónimos que produjeron algunas de las obras de arte más hermosas de la India. El Imperio Gupta pereció bajo los golpes de nuevos invasores, los hunos, quizás lejanamente emparentados con los hunos de Atila, que aprovecharon la fuerza centrífuga que aparecía tan frecuentemente en la historia de los imperios antiguos y medievales de la India.

Después del periodo Gupta, la India antigua no logró jamás establecer un imperio duradero que dominara todo o gran parte del subcontinente.

Los reinos regionales que surgen en el periodo que va del siglo sexto al duodécimo lucharon casi sin tregua. Se advierte cierta decadencia en algunos aspectos de la civilización India. Puede servir como ejemplo la costumbre —incorrectamente llamada *sati*— del sacrificio voluntario de la viuda en la pira funeraria que consume el cuerpo de su marido. Sin embargo, no debe pensar que el nivel cultural declinaba demasiado en ese tiempo, puesto que en la misma época se estaban edificando

muchos de los más grandes y hermosos templos, y la filosofía alcanzaba gran sutileza y profundidad. El periodo termina con la conquista musulmana en el siglo xm.

Esta visión sinóptica de la historia de la India antigua muestra que no había una cultura inmutable, sino una civilización que, paulatinamente, de siglo en siglo, se desarrollaba y cambiaba. El mito de un Oriente anquilosado es falso. Siempre hubo cambios, tanto en la esfera cultural como en la política. Quizás hayan sido algo lentos y poco espectaculares pero probablemente no más lentos que los de la Europa antigua y medieval. Por causas que aún no han sido suficientemente interpretadas por los eruditos, la civilización europea durante el Renacimiento empieza a desarrollarse más rápidamente que antes.

Conviene recordar que la cultura de la India cambiaba poco a poco y que tenía diferencias regionales muy notables. La diferencia entre el *Āryāvarta*, la mitad septentrional de la India, y el *Dakṣināpatha*, la península meridional, se conoce desde hace dos milenios o más. Asimismo, los indios antiguos reconocían otras variaciones culturales de región a región y de provincia a provincia.

Incluso en los periodos más remotos existía un fuerte sentido de unidad entre los arios. Las acepciones de esta palabra fueron cambiando con los siglos. Primeramente, significaba una raza, o un grupo de razas; es decir, los invasores indo-europeos del segundo milenio antes de Cristo. Unos siglos más tarde empezó a perder esta significación racial y a adquirir un sentido cultural y religioso. En la India clásica el ario era “el hombre dos veces nacido”, que profesaba y mantenía una forma de vida precisa y en teoría completamente uniforme y regulada. Parece que habían olvidado totalmente su tierra original aun desde la época en que componían los himnos del *Rig Veda*. En el periodo clásico se creía que el subcontinente indio —*Bhāratavarṣa*— era la cuna original de la cultura aria y su mejor sostén. Vemos que la India antigua tenía conciencia de su individualidad. Había tradiciones de unidad política —aunque no tan fuertes como algunos estudiosos modernos creen— que quizá se desarrollaron durante el Imperio Maurya y que,

después de su decadencia, casi se olvidaron en muchos de los círculos políticos. Pero la tradición de la unidad cultural jamás se olvidó. En todos los escritos políticos, religiosos y jurídicos del periodo clásico se subraya el contraste entre los arios de *Bhāratavarṣa*, quienes se someten al sistema de castas y honran a los brahmanes, y los herejes envilecidos y bárbaros que no acatan esa forma de vida. La tierra de *Bhāratavarṣa*, era pura y sagrada. Los numerosos peregrinos hindúes y budistas recorrían el país sin impedimento y no hacían caso de las fronteras políticas. Para los viajeros había una *lingua franca*: el sánscrito, lengua de la religión, de la administración, y de las letras, que hablaban los hombres cultos y que en muchas regiones de la India era entendida incluso por los incultos. Esa unidad cultural de la India se mantuvo siempre, y constituyó una fuerza poderosísima en la conservación de la civilización hindú contra los ataques de los invasores. La existencia de este sentido de unidad también influyó mucho en la asimilación de los invasores que se establecieron en tierra india.

En toda la historia del pensamiento de la India antigua, se manifiesta una noción fundamental en la esfera de la política: el gobierno, en cualquiera de sus formas, no es un fin en sí mismo. El concepto hegeliano del estado como entidad orgánica de grandes dimensiones y poder sobrehumano, que encierra y supera todos los otros objetivos de la vida humana y místicamente encadena al hombre y al absoluto, es de hecho ajena a todo el pensamiento político de la India. Nociones que sugieren esa idea del estado sobrenatural se hallan en la Grecia clásica y en la China antigua, pero jamás en la India. Aunque se puede comparar la India con el mundo europeo clásico, o con China, el parangón más aproximado a la India clásica es la Europa cristiana medieval. La doctrina tomista, que interpreta el estado como el medio de promover la salvación de las almas cristianas es *mutatis mutandis*, la de la India clásica. Hindúes y budistas creían igualmente que antes del gobierno había un régimen social divino y eterno, un sistema complejo de ideas y costumbres comprendidas en el importante e intraducible término: *dharma*.

El *dharma* es el curso legítimo de la conducta de un indi-

viduo cualquiera, en una fase cualquiera de su vida, dentro del armazón de la sociedad aria. La función ideal de esta sociedad es promover el *dharma* de sus miembros hasta que al fin, después de muchas reencarnaciones, logren el *mokṣa*, la liberación del proceso prolijo y angustioso de la transmigración del alma, en una condición última de equilibrio psíquico total. Esa condición deseable se interpreta de varios modos según las diferentes sectas: la inmersión del individuo en el absoluto; la unión del alma con un Dios último y personal; la disolución de la personalidad en un estado indescriptible llamado *nirvāṇa*; o la separación completa y definitiva del espíritu y la materia.

En consecuencia el papel de la política es mantener el orden social. Desde el punto de vista del hindú ortodoxo, pero no del budista, este orden social es definitivo, fijo, preordenado, y forma parte del orden eterno del universo.

El sistema social estaba estrechamente emparentado con el concepto de *varṇa*, cuya significación es más clase que casta. Frecuentemente se traduce *varṇa*, por el término *casta*, pero esta traducción es falsa. Hay sólo cuatro *varṇa*, y este número jamás ha aumentado o disminuido. Se dice que actualmente existen tres mil castas en la India; el número de castas, por cierto, sí ha crecido, y a veces quizá disminuido en el curso de dos mil años. Los *varṇa* y las castas son diferentes, en origen, en intención y en función. *Varṇa*, como es sabido, significa primeramente color, y parece que los cuatro *varṇa* tuvieron su origen en la estructura de clases de las tribus del *Rig Veda*, influida por una parte, por el contacto con indígenas de tez más oscura, y, por otra, por los anhelos crecientes de los sacerdotes de constituirse en una clase distinta de las otras.

Las cuatro grandes clases se encuentran mencionadas por primera vez en el *Rig Veda*, en un himno muy conocido, quizá del siglo décimo o noveno antes de Cristo. En ese poema se dice que antes de la creación del mundo los dioses sacrificaron al *Puruṣa*, el hombre o persona primordial, evidentemente a sí mismo. La víctima, que en forma milagrosa sobrevivió a su propio sacrificio, fue cortada en pedazos, y de cada uno surgieron elementos o criaturas:

De su cara se originó el sacerdote
 de sus brazos se hizo el guerrero
 de sus muslos surgió el campesino
 de sus piernas nació el siervo.
 De su mente subió la luna,
 de su ojo el sol nació,
 de su boca (los dioses) Indra y Agni nacieron,
 de su aliento el viento nació,
 de su ombligo vino el aire,
 y de su cabeza el cielo,
 de sus pies la tierra, de sus orejas las
 cuatro regiones del espacio (los dioses)
 forjaron los mundos.

Las cuatro clases de hombres nacidas del varón original son los cuatro *varṇa*, el brahman o sacerdote, el *kṣatriya* o gobernante y guerrero, el *vaiśya* al principio campesino, y más tarde mercader, hombre de profesión estimable y el *śūdra*, el peón o criado.

En teoría todos los individuos de la comunidad aria son miembros de alguna de estas cuatro clases, y, debido a sus orígenes diferentes, pertenecen a las diversas partes del cuerpo del varón divino, sacrificado al principio del mundo, son especies diferentes e independientes, como lo son el caballo y el ganado. Los hombres que no tienen cabida en una de esas cuatro clases son bárbaros muy inferiores. Pero, en toda la historia de la India antes de la llegada de los musulmanes, y hasta cierto punto, aun después, de vez en cuando, grupos exteriores han entrado en el orden social ario, mediante la excusa de ser *vṛātyas*, o arios de origen, que habían dejado de observar las normas ortodoxas.

De las cuatro clases, las tres primeras gozaban de privilegios especiales, eran los "dos veces nacidos", la primera vez por nacimiento natural, la segunda por iniciación ritual en el orden ario. Sólo los hombres que habían cumplido esta ceremonia en la pubertad podían oír y recitar los *Vedas*. Los *śūdras* formaban una clase menos privilegiada, pero tenían una posición determinada y derechos especiales. La ley sagrada de los *dharmasāstras* ordena grados de castigo y recompensa y

reglas de conducta diferentes según la clase del sujeto, porque, como especies distintas, no era natural que todos se sujetaran al mismo modo de vida. Además, la mezcla de dos especies de animales es algo artificial y repugnante. Así como el orden social se volvía más y más riguroso, la mezcla entre los cuatro *varṇa* era menos frecuente, aun cuando las leyes más antiguas toleraban ciertas formas de hipergamia.

La clase o *varṇa* era, y quizá es todavía, menos importante para el indio no brahman que la casta a que pertenece. El indio no siempre es consciente del hecho de ser un *vaiśya* o un *śūdra*, pero forma parte integrante de su herencia cultural el ser un *kāyasth* (miembro de la casta de dependientes), un *sonar* (joyero) o un *kaivarta* (pescador). Los miles de castas en la India clásica se originaron en parte por las supervivencias de la organización tribal de los tiempos prehistóricos, y porque algunas de las tribus que se incorporaron al orden ario formaron castas independientes. Otras causas también han intervenido en el desarrollo del sistema de las castas, por ejemplo: una tendencia corriente en el mundo antiguo y medieval era que los empleos y profesiones se convirtieran en hereditarios; existía también la propensión endógama de una sociedad que tiene una tradición bien establecida de estados jerárquicos. De estas y otras raíces ha crecido lentamente, desde el tiempo de Buda, hasta ahora, el gran sistema de castas, que crecían, se engrandecían, se ramificaban y multiplicaban, mientras más y más pueblos no arios se asimilaban al orden social ortodoxo. En teoría, según las Leyes de Manú y otros manuales jurídicos, las castas son subdivisiones de las cuatro clases o *varṇa*, y son los resultados del mestizaje, algo semejante a las castas del México virreinal. Es otro el origen de las castas indias: aparecieron espontánea y orgánicamente. Parece que el sistema de las cuatro clases tenía algo de artificial. En los manuales del *dharma* este sistema es muy importante, y las castas no reciben sino menciones breves en la vida de la mayoría de la gente india. Por otra parte para los brahmanes y *kṣatriyas*, la casta es más importante que el *varṇa*.

Dentro de la casta existían unidades menores, como el linaje (*kula*) y la familia (*kuṭumba*). Ésta, y no el individuo,

era la unidad básica de la estructura social. Aun ahora hay en la India unidades familiares que incluyen más de treinta o cuarenta miembros. Esas “familias unidas” poseen sus tierras en común, y el padre o miembro de mayor edad, aun cuando sea muy poderoso, no es, desde el punto de vista jurídico, más que un administrador de los bienes de la unidad familiar. El individuo, varón o mujer, era consciente de ser miembro de una comunidad, o mejor dicho, de una serie de comunidades, la menor contenida en la mayor, hasta la más grande, que era los *arios*, en su totalidad, los que habitaban la tierra santa de *Bhāratavarṣa*. Los bárbaros estaban excluidos del *ārya jana* y eran considerados impuros en diversos grados; de éstos algunos habitaban atrás de las fronteras de la India, pero otros vivían en el territorio de *Bhāratavarṣa* mismo. Hemos visto que algunos bárbaros de la segunda clase se integraron a la sociedad aria; pero existían otros tan inmundos que, si no querían quedarse lejos de la civilización en los montes y selvas, debían evitar todo contacto con los arios, y desempeñar para la gente pura sólo las tareas más sucias y bajas. Leemos muy poco tocante a estos ilotas en la literatura antigua; sin embargo, formaban una sección importante de la población. La mayoría de estos menospreciados se componía de aborígenes primitivos sobrevivientes y de grupos que, debido a contravenciones serias de las normas tradicionales, habían sido excluidos de la sociedad aria. A estas gentes hoy día se les llama “intocables”, “clases oprimidas”, “clases registradas”, “parias”, o como Mahatma Gandhi quería llamarlos, “*harijans*” (“los escogidos de Dios”). Parece que, tanto en la antigüedad, como en nuestra época, su nivel material y cultural ha sido siempre muy bajo.

Cada grupo tenía su *dharma* particular, una norma tradicional de conducta, cuya fuerza, en teoría y en práctica, era semejante a la de la ley divina. Sobre todos estos *dharma* especiales había un *dharma* común, una norma moral general para todos los hombres: decir la verdad, venerar a los dioses, honrar a sus padres, etcétera. Fuera de estos preceptos éticos generales, existían para cada individuo *dharma* especiales, según su posición en el orden social. El *dharma* del brahman era aprender y enseñar; el del *kṣatriya*, gobernar conforme a la justicia y

luchar en defensa de su pueblo; el del *vaiśya*, ganar bienes materiales; y el de *sūdra*, servir a los demás. Las clases más elevadas tenían, en teoría, obligaciones proporcionalmente más pesadas. El modo de vivir del brahman debía ser muy severo, excluyendo los placeres como las bebidas alcohólicas y los juegos de azar, que eran legítimos para las clases bajas. Aunque muchos testimonios demuestran que frecuentemente la vida real del brahman no era digna ni austera, éste era el modelo ideal de su conducta. Por otra parte, el *sūdra* podía beber y jugar sin perder los privilegios de su casta. Cada casta tenía sus propias costumbres, que formaban parte del *dharma* especial de la casta, con respecto a las bodas, profesiones, etcétera. Este *dharma* era en teoría eterno e inmutable para los arios, aunque sin duda, las costumbres de las castas variaban de tiempo en tiempo. De la misma manera, las costumbres de una familia en particular formaban parte del *dharma* de todos sus miembros. Así las unidades menores de la sociedad, las castas, los linajes, las comunidades campesinas y las familias se constituían en corporaciones autónomas con reglamentos propios y costumbres tradicionales, gobernadas por juntas de ancianos y armadas de fuerza suficiente para imponer sanciones como multas o expulsiones. Así, para sus miembros, esas corporaciones eran pequeños estados dentro de estados más grandes. En teoría, el motivo de la existencia del gobierno era la protección y el apoyo de estos gremios corporativos. El gobierno ponía en ejecución las reglas de éstos, y no tenía capacidad para dictar leyes por sí mismo.

Desde el punto de vista ortodoxo, en la base de toda actividad social y política se encontraba la doctrina de los tres objetivos de la vida. En la actualidad, muchos historiadores ponen muy poco énfasis en esa doctrina, pero creo que su influencia formativa en la vida cotidiana de la India antigua era importante. Los tres objetivos eran: *Dharma*, *Artha* y *Kāma*, Piedad, Fortuna, y Placer. Las exigencias del *dharma*, la piedad, la religión, el logro del mérito para tener una reencarnación más afortunada, son más importantes que las del placer y las del *artha*, la fortuna. El aumento de los bienes familiares es más importante que el logro del placer, el cual,

sin embargo no debe menospreciarse. Los tres objetivos son válidos, los tres son dignos de consecución. El ideal no es el de los ascetas que los preceptores medievales trataban de imponer a los laicos. El ideal para éstos en la India antigua, era conseguir los tres objetivos en forma equilibrada. El padre de familia no debe dedicarse a la búsqueda religiosa y por ello descuidar sus asuntos profesionales o familiares; y el que quiera el placer sensual no debe entregarse a los placeres de los sentidos hasta descuidar sus bienes o su alma inmortal. La búsqueda balanceada de estos tres objetivos conduce en última instancia a la búsqueda de un cuarto fin: el *mokṣa*, la liberación del cautiverio del ciclo de la transmigración. En las escrituras panegíricas, de las cuales muchas han llegado hasta nosotros, se lee a menudo que un rey promovía, entre sus súbditos, la realización de los tres o cuatro objetivos mencionados; o que un rey justo sabía cómo balancear en sí mismo las exigencias de estos tres objetivos. Tales alusiones son tan frecuentes en la literatura de la India antigua que es evidente que el ideal del *Traivargya Puruṣārtha* tenía un gran papel en el pensamiento clásico, e influía mucho en la vida popular.

En conclusión, quiero probar una hipótesis: la mayoría de los eruditos que estudian la India antigua acentúan el carácter corporativo de su sociedad. Tienen razón, porque, como hemos visto, el sistema social era una inmensa corporación, constituida por otras más pequeñas. No obstante, un análisis más exacto muestra que en la base la India era, y quizás lo es todavía, esencialmente individualista. Cuando la solidaridad social, como en nuestro tiempo, se subraya tan especialmente, este punto de vista no encontraría buena acogida entre todos los nacionalistas indios. No niego, sin embargo, la validez, cuando menos parcial, de la tesis contraria. Pero tanto el hinduismo como el budismo son religiones fuertemente individualistas, como no lo eran algunos otros sistemas antiguos, por ejemplo el judaísmo primitivo, el confucianismo y quizá las religiones de los mayas y aztecas.

Ya vimos que en el hinduismo la sociedad es anterior al gobierno, y, al menos en teoría, el gobierno existe para conservar la sociedad. Pero ¿por qué existe la sociedad? ¿Por qué

las cuatro clases, la multiplicidad de castas y las innumerables familias? ¿Por qué es bueno que el hombre siga el *dharma* de su casta y no el de las otras? “Es mejor”, dice el Dios encarnado Kṛṣṇa, “desempeñar mal su propio deber, que desempeñar bien el deber de otro”. Porque sólo cumpliendo su propia tarea, siguiendo el *dharma* de su propia casta y de su propio grupo social, ha de lograr el hombre su propio bienestar espiritual y material. En los textos se menciona una sola razón de ser del sistema social, que se hacía más y más complejo e inflexible en esta edad de hierro, en esta ensombrecida edad llamada *Kali yuga*; ésta era el logro de los tres objetivos vitales para lo cual es necesario un sistema social riguroso. En la vida ordinaria el individuo tiene que ser miembro de una casta y de una familia. Si obedece a su rey, a los jefes de su casta, y al padre o jefe de su familia, puede pasar la vida desarrollando sus capacidades espiritual, material y sensualmente. Si reniega de su casta y de su familia se convierte en un paria, un desterrado, sin hogar, sin amigos y sin parientes, totalmente aislado; ya no puede tener por compañeros sino miembros del populacho más envilecido. Pero los tres objetivos de la vida son en sí mismos sólo medios que conducen a un cierto fin, la salvación, y la salvación no concierne a las clases, a las castas o a las familias, sino al individuo.

Los profetas judíos, al menos hasta Jeremías, esperaban la salvación de todo el linaje de Israel. Confucio y sus discípulos recorrían toda la región civilizada de China tratando de salvar a “la sociedad grande”, a la sociedad en su totalidad. Por el contrario, los *r̥sis*, los sabios y profetas de la India antigua, no anhelaban la salvación de la sociedad, porque la sociedad decaía y degeneraba inevitablemente, y no podía reconstruirse hasta que volviese la edad de oro, el *Satya yuga*. Sólo el individuo podía salvarse, no las clases, las castas o las familias. El *dharma*, el código sagrado de leyes sociales, no era sino un medio por el cual el hombre subía los peldaños inferiores de la escala de su desarrollo espiritual. Tenía que alcanzar los grados más altos por sí mismo, sin apoyo social alguno, como un mero individuo, como un *sannyāsin* o asceta, que en soledad espiritual, se empeñaba en unirse con Dios o con el absoluto.

El ideal de los ascetas implicaba la negación de todos los valores sociales ortodoxos de la vida cotidiana. El espíritu indio de asimilación ha logrado un éxito maravilloso al fundir estos dos ideales discordes en un solo sistema, el cual, aun hoy día, ejerce una poderosa influencia en la vida de la India.

El más importante de los sistemas heterodoxos, el budismo, es aún más individualista. En los últimos días de su vida, Buda, según la tradición *pāli*, dijo a sus discípulos que tenían que convertirse en lámparas y refugios por sí mismos. El monje ideal es "como el rinoceronte", que no se pasa la vida en un rebaño sino que hace corro aparte. El monje desparrama su benevolencia en un mundo con el cual no se identifica, sino por su compasión impersonal. Según el sistema budista un objeto cualquiera se compone de un número infinito de partes. La palabra "carro" no es sino un ejemplo cómodo de "taquigrafía", o mejor dicho de "taquilogía", que significa una estructura compleja de metal y madera. De la misma manera, la palabra "hombre" es un vocablo conveniente y popular que significa una estructura compleja y cambiante de ideas, impulsos, emociones y pensamientos en un armazón de carne y hueso, que cambia también con una rapidez igual. Si, por último, la personalidad permanente del individuo en verdad no existe, tanto menos tienen validez términos como familia, casta, clase, sociedad, estado, o, incluso, género humano. La posición del budismo se encuentra en el otro extremo de la de Hegel. El todo no es más que la suma de sus partes. Para decirlo mejor, el todo, en verdad, no existe; el término "todo" no es más que una palabra conveniente que define fenómenos muy complejos que no pueden describirse de otra manera. La doctrina de la otra escuela heterodoxa importante, el jainismo, es igualmente individualista, porque el propósito fundamental del jainismo es aislar el alma de todo contacto con la materia o con alguna otra cosa y hacerla recobrar su condición original de pureza, totalmente solitaria y suficiente en sí misma.

Así, el pensamiento de la India antigua, a pesar de las tendencias aparentes en contrario, era individualista. Antes del estado, antes de todos los gobiernos, existía el orden social

sagrado, en cuyo servicio, según una tradición muy difundida, los dioses inventaron el rey y lo impusieron a los hombres. Y antes del orden social existieron millones de almas, cada una esforzándose por lograr la unión completa con el *Uno*, más allá del tiempo y de todo cambio temporal. La sociedad no existía sino para promover el bienestar verdadero del individuo.